

indicó que mientras él reconocía el corazón y pulmón, hiciera fricciones en las palmas de los pies, con objeto de que se determinase algún movimiento en el cuerpo de la Señora que indicara sensibilidad y vida. Inútiles fueron estos y otros medios de producir movimientos, siquiera fuesen ligeros, en el cuerpo exánime de la Señora; es verdad que latían sus pulsos y que funcionaba regularmente su corazón; pero el Señor Romero conservó la firme convicción de que su esposa ya no existía.

Sin pérdida de tiempo envió criados para que en su nombre llamasen al médico de cabecera, Dr. Joaquín Rivero, y en su falta á cualquiera otro que pudiera acudir desde luego; se llamó también al Sr. Dr. Marcelino A. Orozco, dándole noticia del gravísimo estado de su mamá. El Dr. Rivero no obsequió dos urgentes llamamientos; el Dr. Taboada se negó explícitamente á prestar sus servicios; el Dr. Zubieta llegó pocos minutos antes que el Dr. Marcelino A. Orozco. El Sr. Romero les refirió lo que había pasado, y el Dr. Manuel M. Orozco entró con ellos á la recámara de la Señora; á pesar de las seguridades que los médicos dieron de que el caso no era grave, el Sr. Romero tenía la certeza de que ningún remedio volvería la vida á su amada consorte. En efecto, transcurrió media hora en reconocimientos y conferencias de los tres Doctores, y ninguna receta fué formulada; se concretaron á recomendar que todos se procurasen descanso, pues la Señora dormía tranquilamente, y era preciso dejarla en completo sosiego; el Sr. Romero exclamó: «es verdad, Señores, mi esposa duerme el sueño de la muerte.»

A las dos y media de la madrugada del día 26 de Febrero, los Sres. Juan de Dios, Marcelino A. y Manuel M. Orozco se retiraron á descansar; mas el Sr. Romero se recostó en su lecho, prestando viva atención para percibir el más leve movimiento ó suspiro que su esposa hiciera ó exhalara. A las cuatro de la mañana la Señora lanzó un quejido lastimero y prolongado que llenó de terror y angustia el ánimo del Señor Romero, quien se levantó con sobresalto y se precipitó al lecho de su amada consorte: el quejido fué principio de los

estertores nerviosos, que los médicos mencionan como fenómeno mecánico en las personas que han muerto por hemorragia ó derrame de sangre al cerebro; pues respiran y dan señales de vida durante varias horas, mientras la sangre se difunde é inunda aquella parte del cuerpo, y entonces comienzan los estertores de la agonía.—Volvió el Sr. Romero á llamar á los Doctores Rivero y Zubieta, quienes llegaron poco después de las seis de la mañana, tuvieron ligera conferencia y recetaron algo; en seguida se despidieron del Sr. Romero, manifestándole que el caso era gravísimo y que volverían al medio día.—Apenas hubo tiempo para aplicar á la Señora la medicina prescrita; porque desde las siete y cuarto la agonía fué más rápida, y la Señora de Romero expiró á las siete horas y cincuenta y cinco minutos de la mañana del día 26, rodeada de su esposo, de sus tres hijos Juan de Dios, Marcelino A. y Manuel M. Orozco, de la Señora Viuda de Rivera Mac-Gregor y de la Señora Carlota Ledesma de Ruiz Gomar, en cuyos brazos exhaló el último suspiro; y fué auxiliada espiritualmente por el Padre Mascareñas, Sacerdote Josefino, y por su confesor durante diez y ocho años, el ilustrado y virtuoso Presbítero José María Troncoso y Herrera, quien alcanzó á dar á la Señora la bendición en los momentos supremos.

Así desapareció de entre los vivos la excelente dama, que durante su triste y azarosa vida padeció las vicisitudes á que la criatura humana está sujeta en su peregrinación por la tierra. Huérfana desde su infancia, sufrió las penalidades anexas á la escasez pecuniaria y la miseria, y su ardiente amor filial la impulsó á practicar rudo trabajo diario para mantener á su pobre madre enferma y á sus hermanos; en su juventud soportó con singular resignación las penas que afligen á la pobre doncella, dedicada con afán á la economía doméstica y dirección de numerosa familia de cortos recursos, con objeto de atraer la benevolencia y consideración de sus parientes afines á favor de ella y de sus hermanos, que necesitaban de amparo y protección; en su primer matrimo-

nio, arriesgó varias veces su vida y salud durante las tremendas convulsiones políticas y guerras sin cuartel que por largos años sufrió nuestra Patria; en seguida, tras de dilatada serie de horribles penas y aflicciones, se encontró viuda infeliz, sin recursos, ni esperanza alguna de porvenir para ella y sus pequeños hijos; por fin, cuando en su segundo matrimonio la fortuna le sonreía, cuando merced á su inquebrantable propósito, constante economía y numerosas privaciones, sus hijos estaban logrados y ejercían honrosa y lucrativa profesión, y cuando esperaba vivir algunos años de reposo y tranquilidad, crueles y persistentes enfermedades minaban su existencia con los más agudos y punzantes dolores, y amargaban sus tristes días sin esperanza alguna de recobrar por completo su salud. En suma, larga vida de martirio é infortunio vivió esta respetable Señora, que fué singular modelo de hijas por su cariño y piedad hacia sus padres, amante y abnegada esposa que se consagró con esmero á cuidar de sus hijos y se sacrificó para formarles un porvenir, noble amiga que á menudo salvó con oportuno socorro y acertado consejo á numerosas personas de sus amistades, ferviente y sincera cristiana que llevó dulce consuelo á los afligidos y el pan de la caridad á todos los menesterosos. Las prendas personales y relevantes virtudes de que dió constante y saludable ejemplo, como esposa y madre, conquistáronle en todos tiempos y circunstancias el entrañable amor de los suyos, el profundo respeto y consideración de cuantos la conocieron y trataron.

Por esto, su esposo y sus hijos esperaban que la muerte del ser querido, que reinaba en su hogar, no sería rápida é inesperada, como si le fulminase un rayo, sino que, llegada su última hora, escucharían por última vez sus sabios consejos y tiernos adioses, que recibirían arrodillados y gemebundos sus santas bendiciones. Mas no lo quiso el destino cruel: la esposa amante, la adorada madre murió sin pronunciar un solo adiós de eterna despedida para su esposo; sin una caricia, ni una bendición para sus hijos; su alma noble y pura voló de súbito al Cielo, abandonando el cuerpo

todavía con vida muscular y simulada para mayor tormento de los tristes huérfanos que dejaba llorando sobre su cadáver

Se cree, por lo común, que la muerte súbita y repentina es la muerte del justo; y que es prueba particular de la bondad de Dios desaparecer del haz de la tierra sin sufrir los crueles dolores de la agonía, ni las angustias que preceden al pasar á la vida de la eternidad. Que así sea; mas la Señora de Romero padeció cruel y prolongada agonía, por los terribles dolores que sus enfermedades le causaron, especialmente la última que duró más de cinco años, y por la angustia con que la atormentó el tenáz presentimiento de su próxima muerte. Aparte de los misteriosos é inexplicables sucesos que la anunciaron, se encontró después patente prueba de que ese fatal presentimiento la agitaba de continuo.

En efecto, la admirable perspicacia y previsión con que, desde un año y siete meses ántes de fallecer, redactó su último testamento público abierto; la minuciosa distribución que en sus horas de soledad hizo de sus alhajas y objetos de valor, poniendo en la caja de cada pieza el nombre, escrito con su propia mano, de la persona á quien lo dedicaba; las recomendaciones que repetía con frecuencia á su esposo y sus hijos de lo que habían de hacer después de su muerte; y sobre todo, el fatal anuncio que con dolorido acento y profunda convicción expresaba á diario acerca de su próxima y repentina desaparición de este valle de lágrimas, revelan con evidencia que su ánimo estaba contristado por el presentimiento de muerte repentina, pues muy á menudo se quejó de sentir enorme é insoportable peso que oprimía su cabeza y su cerebro. Por tanto, frecuentó con grande unción y fervor los Santos Sacramentos de confesión y sagrada comunión, y se preparó á diario en lo espiritual para recibir sin temor la muerte, purificando su noble alma con la oración, con soportar resignada y conforme á la voluntad de Dios sus dolores y enfermedades, y con fervientes plegarias para que su espíritu permaneciese limpio y sin mancha, por los méritos y gracia del Divino Redentor de la Humanidad...

Luego que la Señora de Romero expiró, su cadáver fué vestido con rico traje negro de seda por las Sras. Carlota L. de Ruiz Gomar y la Viuda de Rivera Mac-Gregor. El Señor Romero cortó una guedeja de pelo de la frente de su querida esposa, imprimió un ósculo en sus labios fríos y sacó del dedo anular de su mano izquierda una argolla de oro, prenda de su matrimonio. El Sr. Lic. Juan de Dios Orozco sacó del mismo dedo otra argolla de oro, prenda de matrimonio del Señor su padre.

A las nueve de la mañana se colocó el cadáver en medio de la amplia sala y sobre un fino catre inglés de latón, que sirvió al Sr. Romero en Querétaro antes de su casamiento, y del cual su consorte tenía gratos recuerdos. En seguida, se dispuso la sala para convertirla en Capilla ardiente. Como era día domingo, el Sr. Romero se apresuró á llamar por telégrafo y con urgencia al Sr. Luis G. Orozco, residente en San Juan del Río, de Querétaro, á preparar solemnes funerales con la pompa digna de su amada compañera, así como la impresión y distribución de esquelas mortuorias, y otras lúgubres ocupaciones que, en el caso, eran tristes consecuencias de la irreparable pérdida de la noble dama que fué reina de humilde y respetado hogar y adorada madre de familia.

A las doce horas y treinta minutos del día, el Dr. Joaquín Rivero y Heras hizo su segunda visita; y como el Sr. Romero le manifestase que su esposa ya no vivía, y que se cerciorara de que estaba bien muerta, el médico ejecutó la operación conveniente; en seguida expresó su pésame al Sr. Romero y su familia, extendió el Certificado de defunción, consignando que ésta fué causada por hemorragia cerebral, y se retiró.

Desde las nueve y media de la mañana se colocaron en los ángulos del catre inglés cuatro grandes candelabros de metal en los cuales ardían gruesos blandones de blanca cera; se consumieron de preferencia los *cirios pascuales* y otros consagrados á los difuntos, cirios que la Señora había reunido de antemano para que se encendieran durante la vela-

ción del cadáver del primer miembro de su familia que muriese.

Como la noticia del repentino fallecimiento de la Señora de Romero se propagó desde luego por la vasta y populosa Colonia de Santa María de la Ribera, desde las nueve de la mañana del domingo 26 de Febrero, sus numerosas amigas, las principales socias de las Cofradías religiosas y las Directoras de Establecimientos de beneficencia, á los que la apreciable difunta remitía frecuentes donativos, enviaron testimonios de pésame y condolencia al Sr. Romero y su familia y numerosísimas coronas de fragantes flores para el cadáver de la sentida dama; varias personas se unieron á sus deudos para velar sus restos mortales desde la una de la tarde del día 26, hasta las tres y media de la tarde del lunes 27 de Febrero.

A las once y media de la noche, el Sr. Romero y sus cuatro hijos Luis Gonzaga, Juan de Dios, Marcelino A. y Manuel M. Orozco acomodaron el venerado cadáver de la noble difunta dentro de lujosa y elegante caja de cedro, acojinada en el interior con almohadones de fino raso blanco, y forrada en el exterior con raso negro, dispuesto en varias hileras de multiplicados y graciosos bullones; seis agarraderas de plata alternaban con adornos del mismo metal; además, el féretro tenía en la cabecera hermosa cruz de plata, cerca del cristal correspondiente al rostro del cadáver, y en el pie artística plancha también de plata, en la cual con grandes y hermosos caracteres se grabó el nombre entero de la Señora, la fecha de su muerte y las iniciales R. I. P. de las tres palabras que forman la oración latina que pide el eterno descanso de los difuntos.

Como durante el día y algunas horas de la noche del 26, por boca y nariz del cadáver de la Señora desbordaba parte de la sangre que inundó su cerebro y determinó la muerte repentina, el Sr. Romero y sus cuatro entenados empaparon en el noble líquido varios pañuelos y mascadas de seda para conservar con cariño y veneración tan preciosas reliquias de la respetable dama, que tanto los amó y á quien tanto amaron en su vida. Con igual afecto y fin recogieron el Crucifijo

de metal que tuvo en sus manos durante la velación, y otros varios objetos que estaban en contacto con sus queridos restos mortales. Ya cerrado con llave de plata el féretro en que se depositó el cadáver, se colocó aquél sobre dos grandes columnas de madera, revestidas de paño negro con crespones del mismo color. El catre inglés, donde el cadáver reposó en el curso del día, fué desarmado para guardarle en su caja y conservarle como un recuerdo de los más tristes y dolorosos de aquel funesto día y lúgubre noche.

Como el número de coronas era muy crecido y ocupaba casi todo el piso de la Sala, de doce metros por seis, parte de las personas que velaban en la Capilla ardiente pasó á la antesala y recámara de la Señora para continuar las oraciones y preces de difuntos, que en cada cuarto de hora se rezaron por el eterno descanso de la apreciable finada.

Una vez que el arreglo de la Capilla ardiente concluyó, y dispuesto el orden en que habían de velar las personas que se dignaron acompañar á los dolientes, el Sr. Romero á instancias de sus entenados se retiró á descansar á su recámara, á la una de la madrugada del lunes 27.

La blanca luz de los focos eléctricos y el suave perfume de las gardenias, rosas y otras flores de las coronas penetraron á su pieza, donde escuchaba en confuso rumor el murmullo de las personas que oraban ante el cadáver de su amada esposa. Entonces, al disminuir poco á poco la tensión nerviosa que le agitó desde las once de la noche anterior, hora en que su querida consorte cayó inerte en sus brazos, y cuando comenzó á disiparse el horrible sopor que había adormecido su alma, envuelto su vista en densa niebla y mitigado las penas de su afflictiva situación, entonces fué cuando sintió todo el peso de su tremenda desgracia, los dolores y angustias causados por la irreparable pérdida que acababa de sufrir por la eterna desaparición de su amada compañera. Entonces, arrasados los ojos de lágrimas, trémulo su cuerpo por los sacudimientos del dolor, partido en pedazos el corazón y nublada su inteligencia, se entregó por completo á horrible congoja, considerando la triste soledad, el inmenso vacío en

que iba á encontrarse en unión de sus entenados, por la muerte de aquella dama distinguida que había sido por largos años ángel de paz y felicidad en su hogar, modelo de virtudes domésticas, raro ejemplo de prudente y fiel esposa y de abnegada madre de familia; y en la sociedad, consuelo de los pobres y providencia de los desgraciados, y de cuya noble vida sólo debía quedar un eterno recuerdo en la memoria, un afecto inextinguible en el pecho, un modelo ideal de conducta y un religioso culto doméstico en el hogar. Tan relevantes prendas personales habían concluído para siempre, porque una rápida corriente de sangre rompió su cauce é inundó el cerebro de aquella Señora singular, adorada de los suyos y venerada por los extraños; de aquella ferviente cristiana cuyas oraciones consagraban á Dios las horas principales del día. Las obras de caridad, el socorro al pobre, el consuelo al afligido, la visita al enfermo, el consejo á su esposo y sus hijos y el ejemplo vivo de todas las virtudes domésticas le eran tan naturales que sólo ella no comprendía su mérito, porque el ejercicio de todas sus facultades en bien de sus prójimos satisfacía el principal anhelo de su alma.

En el profundo silencio de aquella lóbrega noche, apenas interrumpido en el interior de la estancia por los rezos de todos, los gemidos de algunos y los pasos de las personas que avivaban la luz de los cirios, y en el exterior por vagos y siniestros rumores, entre los que percibía con claridad el ronco y persistente aullido de un can, atado en casa cercana, y que ladró lastimosamente durante toda la noche, como si husmease el venerado cadáver. En esas horas de cruel angustia, todo contribuía á excitar tristes reflexiones que atormentaban la inteligencia y corazón del Sr. Romero. ¡Miserable naturaleza nuestra!, pensaba: en este pequeño planeta, átomo errante de la nebulosa que compone nuestro sistema solar, vivimos en medio de guerra universal, en campo de batalla donde todos los seres se destrozan y aniquilan mutuamente para conservar el dolor de la vida; llevamos en el cerebro el peso de un pensamiento infinito que abrumba y calcina la mente; deseamos, y el desencanto del deseo cumpli-

do jamás nos cura de desear eternamente nuevos desengaños; vivimos, pobres náufragos, entre olas de lágrimas, entre huracanes de pasiones, con la espina del dolor clavada al corazón, contemplando á nuestros semejantes retorcerse en cruel angustia, tender las manos suplicantes al cielo, llorar en continuas congojas y hundirse en el sepulcro; y sin embargo, nos agarramos furiosamente al combatido escollo de nuestra dolorosa existencia. Atormenta nuestra alma la idea de lo infinito, y nuestro pecho el anhelo de absoluta perfección, no obstante que persiste ante nuestra vista el terrible espectro de la muerte. Y es que nos salva del insondable abismo la dulce y consoladora esperanza de la inmortalidad.

En el curso de la triste vida humana las lágrimas del afecto se evaporan, el dolor se embota, el recuerdo de los seres queridos se borra y el torbellino de la vida social nos aparta del frío y del silencio de la muerte; mas para el corazón que sufre por la ausencia de un bien amado le sigue pronto á la tumba, sobre todo cuando no puede abrirse á otros afectos, á elevados y puros sentimientos. Por esto, al recordar la noble vida de su excelente esposa, sus grandes virtudes domésticas, su talento, prudencia, viva perspicacia, recto juicio y ardiente caridad; al traer á la memoria las tremendas horas en que contempló su frío cadáver, y cómo en un segundo de tiempo desaparecieron para siempre las nobles prendas que habían constituido la felicidad de su hogar, y le convirtieron en triste mansión donde el gozo y la dicha jamás volverían á penetrar, sintió avivarse su fe en la espiritualidad é inmortalidad del alma; su inteligencia y corazón se fortalecieron y consolaron ante aquel noble esfuerzo de la Naturaleza por el cual la razón y la conciencia se persuaden de que al morir el débil cuerpo del hombre, sujeto á las leyes fatales de la vida animal, no muere el alma humana, no se extingue para siempre la luz más viva del cosmos, la luz de la inteligencia. Si tenemos idea del infinito, es porque la sentimos y es el dominio de nuestra alma; por esto, creemos en su inmortalidad, en que después de la muerte del cuerpo el alma

resurgirá con mejor vida y más luminosa conciencia en el seno de Dios.

«¡Señor!, exclamó: creo en tí, espero en tí, y como el justo de la ciencia y el martir de la fe á tí acudo en este trance para que te dignes fortalecer mi espíritu decaído, para que yo y mis hijos podamos cumplir, en sufragio de mi amada esposa, todas las ceremonias fúnebres y las preces que la augusta religión del Crucificado prescribe para las almas de los que han abandonado para siempre esta tierra de dolor; te suplicamos también nos permitas rendir los honores sociales que, como tributo de amor, de gratitud y admiración debemos á la memoria de la sentida dama que lloramos como dechado de virtudes domésticas y admirable ejemplo de caridad cristiana, y cuya inesperada y súbita muerte ha sido corona triunfal de una vida sin mancha.»

A las seis de la mañana del 27 de Febrero el Sr. Romero y sus cuatro entenados, los Sres. Luis G., Juan de Dios, Marcelino A. y Manuel M. Orozco, comenzaron á disponer lo conveniente para el entierro, el cual debía verificarse por la tarde; y también se ocuparon en recibir á numerosos amigos y conocidos que llegaban á presentarles sus sentimientos de condolencia. El día apareció claro y hermoso; un sol espléndido brillaba en cielo límpido, sereno y de purísimo azul; suave y benigna temperatura parecía calmar los espíritus agitados, y la Naturaleza se presentaba propicia á la práctica de los tristes y luctuosos deberes que la acongojada familia de la apreciable difunta tributaba á sus venerados restos mortales.

Corría el tiempo con rapidez, se acercaba la hora tremenda, la hora fatal entre los vivos en la cual se aleja para siempre el yerto é inanimado cadáver del ser querido que constituyó la felicidad del hogar, el ángel que custodió á la familia, la cual le rodeaba con amor para recibir dulce consuelo en su constante cuidado y solicitud, en sus tiernas caricias y en sus saludables consejos; la hora temible en la que se arrebató á los que lloran el último y triste alivio á sus penas de tener presente ante sus ojos las contraídas facciones, el

lívido rostro de aquel ser á quien se amó en la vida, siquier no escuche ya nuestro llanto, ni nuestros clamores. A las doce del día el Sr. Romero abrió el féretro para dar á su amada esposa el último adios y sus entenados su final despedida á la tierna y amante madre; todos imprimieron trémulos oscuros en la fría y pálida frente de aquella santa Señora, y derramaron abundantes lágrimas que cayeron sobre sus vestidos para no evaporarse, sino que fueran ahí depositadas como tributo de amor ardiente y profunda gratitud.

A las cuatro de la tarde llegó á la 3ª calle del Ciprés, número 1311, la carroza que debía conducir el cadáver de la Señora Dª Cayetana Grageda de Romero al Panteón Español, donde se había escogido de antemano el pequeño espacio de tierra que había de ser la última morada de la apreciable difunta.

El Sr. Romero, contra la opinión y el consejo de sus entenados y amigos, y á impulso de su ferviente cariño hacia su esposa, reunió sus energías y se revistió de firme entereza para tomar la resolución de ser uno de los que llevase en hombros los restos de su esposa al salir de la Capilla ardiente y depositarlos en la carroza fúnebre; los Sres. Luis G., Juan de Dios, Marcelino A. y Manuel M. Orozco, al saber su irrevocable propósito determinaron acompañarle, á fin de que juntos el esposo y los hijos de la extinta dama, condujesen en sus hombros las mortales reliquias del ser querido que jamás volverían á contemplar. Así lo hicieron en el largo trayecto desde la Sala, que sirvió de Capilla ardiente, hasta el amplio zaguán de la casa núm. 1311 de la 3ª del Ciprés, casa que interiormente se comunica con la que lleva los números 11 y 12 de la 2ª calle de Santa María de la Ribera, donde la Señora murió. Profunda fué la emoción que todos los presentes sufrieron ante aquel tierno espectáculo, y el dolor de los deudos que cargaban el féretro parece que se mitigó con el triste consuelo de soportar el peso del venerado cadáver que conducían.

El cortejo fúnebre se organizó como sigue: primeramente, la Carroza núm. 1, de la Agencia de inhumaciones «Eusebio

Gayosso», carroza adornada con elegante y severo lujo, y dispuesta para sepelios de primera clase; cuatro ángeles con negras palmas coronaban los cuatro ángulos del techo de la carroza, cuyos costados iban cubiertos con espesas cortinas de paño negro diestramente colocadas, y terminando en anchos flecos de los cuales pendían gruesos cordones y grandes borlas de seda negra. Todo arreglado de manera que formase amplio nicho luctuoso con los cortinajes y las cuatro esbeltas columnas, colocadas en los cuatro ángulos de la carroza para sostener el techo; las columnas, el techo y su fondo iban forrados de raso negro abullonado.

El ataúd se colocó sobre el túmulo de la carroza, cubierto también de paño negro cuyos vastos pliegues colgaban por los cuatro costados, el paño iba recamado con flecos y borlas de seda negra. Las cuatro ruedas de la carroza estaban profusamente adornadas de paño obscuro abullonado.

Seis caballos negros de poderosa alzada tiraban de la carroza, llevando cada uno sobre la frente gracioso y abundante plumero, afianzado á las guarniciones de metal blanco. Los seis hermosos caballos iban enjaezados con negras gualdrapas de seda que cubrían sus cuellos y robustos cuerpos; las gualdrapas terminaban por todos lados en flecos y pesadas borlas de seda. Seis palafreneros, vestidos de riguroso luto, conducían paso á paso con riendas de seda negra los sendos caballos, que contenidos en su brío, erguían más airosos sus cabezas durante la travesía. Al pie del féretro se colocó una de las más hermosas coronas de flores que la familia del Señor D. Juan S. Rivas destinó á su estimable y llorada amiga. Después, como fueron numerosísimas las coronas que la amistad y gratitud enviaron, se las condujo en plataforma especial que seguía inmediatamente tras de la carroza fúnebre, plataforma tirada por dos grandes caballos negros, enjaezados en igual forma que los de la carroza, y conducidos también por dos palafreneros vestidos de luto. Seguían tres carros fúnebres especiales, de severo adorno, que contenían cómodos sillones de bejuco, y las ventanillas iban cubiertas con fino raso blanco; en los sillones tomaron asiento las per-

sonas que componían el doliente séquito, quienes permanecieron con la cabeza descubierta desde la Capilla ardiente hasta que el cadáver fué depositado en su última morada. El cortejo recorrió las calles 2ª y 1ª del Ciprés, 2ª de la Ribera de San Cosme y parte de la 1ª de la Industria, donde se verificó el cambio de vía; después prosiguió por la misma calle 2ª Ribera de San Cosme hasta el Puente de la Tlaxpana; de allí por la vía férrea recorrió la Calzada de la Escuela Nacional de Agricultura, atravesó las calles principales de Popotla y Tacuba para continuar por la amplia Calzada que conduce de Tacuba al Panteón Español.

A las cinco de la tarde el cortejo fúnebre llegó á la vasta portada férrea de este Panteón. El tiempo era hermosísimo: ninguna ráfaga del cierzo helado de Febrero, más bien fué algo calurosa la tarde y la atmósfera estuvo serena y tibia; el cielo brillaba aún con puro azul de zafiro, ligeramente velado hacia el Norte y Poniente por hermosísimos y transparentes *cirrus*; tenues nubecillas en forma de esbeltas palmas, tan airosas, perfectas y en situación especial, como si se formaran para recibir en triunfo el cuerpo inanimado de la dama, cuyo noble espíritu había volado al Cielo en premio de sus altas virtudes. Los ardientes rayos del Sol, próximo á su Ocaso, doraban las capillas, los monumentos fúnebres y los frondosos árboles del Panteón, de aquel campo de muerte al que daban encantador aspecto de vida y hermosura. La Naturaleza ostentó en aquella hora melancólica todas sus galas en brillante cuadro, circuído por las alturas cercanas cuyas cimas resplandecían con los últimos rayos del sol poniente y enviaban intensa iluminación al espléndido Valle.

El ataúd fué conducido desde la carroza hasta la Capilla del Panteón, la cual dista más de cien metros de la portada, en hombros del Señor Senador Ingeniero José María Romero, de sus cuatro entenados, los Sres. Luis G., Lic. Juan de Dios y Doctores Marcelino A. y Manuel M. Orozco, á quienes ayudaron los Sres. Enrique Vera, Diputado Venancio Rojas y Ernesto Rivera. El Sr. Presbítero Teófilo Rojas, Capellán del Panteón, recibió el cadáver de la Señora de Ro-

mero en la portada, revestido con capa pluvial y acompañado de cuatro acólitos, que sostenían cuatro grandes ciriales con ceras encendidas; en seguida, se repartieron á todas las personas que formaban el séquito gruesos blandones encendidos, y se organizó la procesión fúnebre de este modo: á la cabeza el Señor Capellán Rojas, quien rezaba en alta voz las preces de difuntos; después, el féretro entre dos hileras de los acompañantes, y cerraron la comitiva los sirvientes de la familia de la estimable finada y numerosas personas que en aquel momento se agregaron.

Depositóse el ataúd sobre elegante catafalco que existe en la Capilla del Panteón, frente al altar mayor y ante la hermosa imagen del Crucificado, de tamaño natural; en seguida, el Señor Capellán recitó los responsos y oraciones de difuntos que son de rito; los concurrentes repetían los rezos con grande unción. Una vez terminadas estas solemnes ceremonias religiosas, el féretro fué nuevamente conducido en hombros de los deudos y amigos de la apreciable difunta, y la procesión fúnebre salió de la Capilla en la misma forma en que había entrado, para dirigirse al lugar en que se depositaría el cadáver, y fué en una fosa perteneciente al Cuartel A núm. 3 Doble, situado á unos sesenta metros de la Capilla hacia el Norte, y correspondiendo á la mitad de la distancia entre la portada del Panteón y la Capilla. Todos los acompañantes, muy conmovidos, rodearon en doble fila la fosa; el Señor Presbítero Rojas pronunció los últimos responsos, y el joven Sacerdote Josefino, Telésforo de J. Ruiz, ahijado de canta-misa del Sr. Romero, recitó también responsos y varias preces en sufragio del alma de la Señora. Después, comenzó la terrible operación del descenso del féretro á la fosa, situada á dos metros bajo el nivel del suelo, la de cubrirla con losas y llenar el amplio hueco con la húmeda tierra extraída y acumulada de antemano. Todas las personas presentes al acto revelaban en sus rostros afligidos la más profunda emoción; y antes de que se arrojase la primera palada de tierra, y cuando los últimos rayos del sol poniente iluminaban con brillantes tintas de oro y arrebol aquel triste cua-